

Rogelio Blanco MartínezFundación María Zambrano
rogelioblanco13@gmail.com

La persona, hija de Mnemósine y habitante de la democracia

The person, daughter of Mnemosyne and inhabitant of democracy

ResumenRecepción: 29 de septiembre de 2018
Aceptación: 22 de octubre de 2018*Aurora* n.º 20, 2019, págs. 14-30

El mensaje de la filósofa María Zambrano, una clásica, sigue vigente. Su vida y su obra son el resultado de la experiencia vivida en un siglo dramático, el xx, pues biográficamente (1904-1991) lo cruzó. La atenta lectura de los sucesos de su presente, más la de los clásicos de la cultura occidental, la condujo a postular propuestas sociopolíticas dirigidas a superar la historia trágica del ser humano, que siguen siendo perfectamente válidas en el siglo xxi.

Palabras clave

Persona, democracia, absolutismo, historia sacrificial, esperanza

Abstract

The message, life and work of the renowned philosopher María Zambrano remain valid. Her life and work are the result of experiences lived in a dramatic century, the twentieth, as she biographically crossed it, from 1904 to 1991. Her careful reading of the events of the present and also of the Western classics led her to postulate socio-political proposals for overcoming the tragic history of human beings that are still valid in the twenty-first century.

Keywords

Person, democracy, absolutism, sacrificial history, hope

María Zambrano describía la hiedra como una planta vigorosa capaz de sobrevivir en la escasez, hija de la pobreza. La hiedra, para la filósofa, era símbolo de la esperanza, de la brega del ser humano. Los seres humanos cerraron el sangriento siglo xx e inician el xxi en la confusión y la amenaza. «Crisis» es la palabra más repetida y «esperanza», la más olvidada. Los discursos dominantes dan a entender que todo se reduce a la economía. Las oportunidades y los riesgos nacen, descienden y acaban en esta actividad. La dimensión *oeconomicus et polemicus* del *homo* destierra al resto. La voz del dios Marte la replica la musa Eco. Superado un obstáculo, se atisba la presencia del siguiente. El miedo paraliza. Epimeteo y Pandora se confabulan con Marte. Nuevos y numerosos ídolos se presentan bajo excreciones ideológicas vacuas; demagogias que favorecen fanatismos,

nacionalismos, integrismos, populismos u otras formas totalitarias. El pesimismo paralizante avanza, y la convulsión de las mentes también. Los sempiternos ídolos con el distintivo colorido en el traje se reiteran. Y estas circunstancias las vivió la filósofa andaluza María Zambrano y motivaron una profunda reflexión llena de alertas. La vigencia de su compromiso y de su pensamiento, pues, están presentes. Desde esta perspectiva, en este texto se pretende poner en patena experiencia, reflexión y compromiso en una lectura recibida como ejemplaridad y dirigida a la actualidad.

El corpus intelectual de los filósofos —ofrecido en diversidad de soportes, si bien el predominante hasta la fecha es el papel— se suele fraccionar o diseccionar en pro de la comprensión; tal descoyuntamiento algunos pensadores lo soportan con cierta facilidad, mas en otros, como en María Zambrano, no siempre resulta fácil la fragmentación o la apertura de apartados. Por otra parte, en el caso que nos ocupa, dado el espacio reducido y la acotación del tema al pensamiento sociopolítico de la filósofa, ha de dejarse constancia de que este se halla vinculado intrínsecamente al conjunto de su reflexión filosófica, consecuente con el compromiso activo e intenso de Zambrano durante los años previos al exilio, y más reflexivo durante el periodo del exilio, entre 1939 y 1984, vivido en diversos continentes, como así lo constatan sus escritos en publicaciones periódicas hispanoamericanas y europeas y sus obras más comprometidas con el tema que nos ocupa: *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940), *La agonía de Europa* (1945), *Persona y democracia* (1958) o su obra más autobiográfica, *Delirio y destino* (1989). Obras que son continuación de otras previas al exilio, entre las que conviene destacar *Horizonte del liberalismo* (1930) y *Los intelectuales en el drama de España* (1937).

En diversos escritos de críticos y estudiosos de su biografía se ha reiterado el modo escriturario de la filósofa: parte de una idea nuclear o germinal que al final se dispersa en varios ensayos o bien se ofrece concentrada en una monografía; es decir, la reiteración, los textos en expansión o reducción, y el ofrecimiento de un libro que se sustrae del acopio de fragmentos previamente publicados en revistas es el modo de presentarse. Esta aparente dispersión textual no debe desviarnos de una línea de pensamiento y creatividad propia de su mentora. En la obra de Zambrano hay una unidad e intención. Unidad e intención no solo explícitas en su obra, sino también en su actitud comprometida con cuanto defiende. Esta unidad la manifiesta Zambrano prontamente en un texto juvenil y autobiográfico, donde confiesa: «Me imponían la necesidad de “elegir”; las personas que me quieren me pedían que eligiera entre la literatura, la filosofía o la política [...]. Sin embargo lo que me llamaba era la unidad. Pero no la unidad corta, no la unidad que renuncia».¹ Esta unidad entre la acción y la reflexión paradigmáticamente se expone en el primer escrito del que se tiene noticia, siendo estudiante adolescente en Segovia y a propósito de la paz en los años de la Primera Guerra

1. Zambrano, M., *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989, págs. 37-38.

2. López-Rey, J., *Los estudiantes frente a la Dictadura*, Madrid, Javier Morata Editor, 1930, pág. 34.

3. Véase la entrevista concedida por María Zambrano a *Diario 16* el 19 de mayo de 1987.

4. Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, Madrid, Javier Morata Editor, 1930; esta editorial, en 1996, realiza una nueva edición con un extenso estudio introductorio de Jesús Moreno.

5. Bungård, A., *Un compromiso apasionado. María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*, Madrid, Trotta, 2009.

Mundial, y en su último y breve texto, también sobre la paz, y con ocasión de la primera guerra del Golfo. Se señala esta circunstancia para indicar y realzar la atención de la filósofa, al inicio y al final de su biografía, a estas dramáticas realidades.

María Zambrano fue hija de un siglo caudaloso en sangre, el siglo xx. Sufrió las consecuencias de las dictaduras (de Primo de Rivera y de Franco), de las guerras y el exilio. Desde los años de juventud sufrió los riesgos y las secuelas sociopolíticas de los sistemas dictatoriales. Lectora de esta realidad se comprometió activamente. En la década de los años veinte participó en la Federación Universitaria Escolar (FUE), organización estudiantil que se alzó contra la Dictadura de Primo de Rivera y que pronto postuló planteamientos republicanos. Este colectivo de estudiantes se manifestó atento a las enseñanzas y recomendaciones de sus maestros, sobre todo de Miguel de Unamuno, máximo exponente contra la Dictadura de Primo de Rivera. «Salvad —proclamaba— a España, estudiantes, salvadla de la injusticia, de la ladronería, de la mentira, de la servilidad y, sobre todo, de la sandez».² Estas proclamas hacia la acción se activaron en la defensa de la educación como *pharmakon* contra todos los males: «A los trabajadores se les defiende educándolos», ya sostenía con rotundidad María Zambrano en un breve texto publicado el 8 de noviembre de 1928 en el diario *El Liberal*. Desde esta perspectiva e inquietud Zambrano participó junto a prestigiosos intelectuales en la Liga de Educación Social (LES); por lo tanto, se aunaron reflexión y acción en una praxis comprometida. La LES fue prohibida en 1929; si bien mientras los jóvenes intelectuales se manifestaron activamente, tal es el caso de Zambrano, los *padres maiores* (Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, etc.) practicaron la tangencialidad, excepto Jiménez de Asúa. «Se fundó lo que hubiera dado la vuelta —se refiere a España—: la Liga de Educación Social. Y solamente Jiménez de Asúa quiso ser directivo por parte de los maduros. Los maduros no querían responsabilidad», recuerda la filósofa en 1987.³

La primera monografía de clara reflexión política por parte de Zambrano, amén de los distintos artículos dispersos publicados en prensa periódica o seriada, es *Horizonte del liberalismo* (1930).⁴ Esta obra plantea la necesidad de una renovación en la reflexión política, pero desde la ética y ante el agotamiento de modelos próximos secularmente. Ana Bungård⁵ defiende que esta obra es generacional, aunque debe agregarse a ello compromiso individual de quien la escribe, una joven que duda intensamente entre la dedicación a la actividad política o a la reflexión filosófica. Tensión que en la joven María es lógica, pues se trata de una mujer inquieta, atenta a la realidad sociopolítica agitada y cambiante y a las posibles vías o rutas que se presentan. Más allá del activismo irreflexivo, trata de buscar argumentos narrativos ante lo que sucede; por otro lado, lee a los clásicos y atiende a las enseñanzas de sus maestros. Desde esta dimensión praxiológica, de reflexión y acción, se sitúa a la filósofa en

el periodo previo a su largo exilio en una elección de compromiso alejado del secuaz seguimiento partidista o de la fácil elucubración del cómodo salón familiar. María Zambrano, al frecuente decir, introduce sus manos en el barro; participa desde la reflexión activa y actúa reflexivamente.

Este compromiso la conduce a una mirada profunda sobre la totalidad, a la búsqueda de una reflexión que supere viejas e insuficientes fórmulas pasadas y, a la vez, sin olvidar la mejor tradición. Lee el presente y recoge el pasado. En *Horizonte del liberalismo*, pues, además de plantear la insuficiencia de este, ofrece alternativas alejándose de las resoluciones dadas por su maestro Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas*, pero recibiendo la luz de otras fuentes, por ejemplo, de los textos de Miguel de Unamuno, Antonio Machado o Fernando de los Ríos. Opiniones recogidas y fortalecidas con las de Henri Bergson, más las propias de la filósofa, se atienen al atisbo de un nuevo modelo político: la república y el fin de la dictadura monárquica o viceversa; se «alza una nueva aurora» con renovado horizonte para el que es necesario un nuevo escenario, pues «la política revolucionaria está por llegar. Es la que correspondería a nuestra actual concepción de la vida, aún en vías de emergencia, aún en trance de darse a luz». ⁶ En *Horizonte del liberalismo* hay reflexión y confesión allí donde la autora remite, con frecuencia, al «nosotros» para dar a entender que pertenece a una nueva generación que, contando con los *patres maiores*, ha de lograr una nueva sociedad, al tiempo que avisa con reiteración de la necesidad de aunar reflexión y acción, pues «el serio peligro de nuestra generación es que se pierda en lo político» y «nosotros tenemos fe en una política que ame tanto la vida que se encuentre con elasticidad bastante para correr tras ella, no para apresarla, sino para que la unión perdure». ⁷ Cada vez que exige este compromiso generacional y manifiesta el propio crítica a «los políticos de invernadero», culpables de la vacuidad reinante. Esta obra, *Horizonte del liberalismo*, ha de leerse desde la tensión juvenil de quien la escribe, una joven llena de ansiedad por lograr, ante la nueva perspectiva, la llegada a «la ciudad ausente», de la «utopía sin utopía», una alternativa posible que no sea amurallada y construida tras la oficialización de un diseño estático, por lo tanto conservador, ya que la vida es *dynamis* y en ella habita cada individuo. Este habitáculo es continuo y no pura ruptura; así, mientras los modelos conservadores se estabilizan, son fijistas y desatentos con la fecundidad del ser humano, el revolucionario es creativo y propositivo «de modo continuo».

Además de confesional y generacional, propia de «arquitectos creadores», ⁸ esta primera monografía es de carácter antropológico, toda vez que se apuesta por los radicales perennes del ser humano, la vida, la razón, la armonía, el amor; por la «cultura y democracia. Individuo y sociedad. Razón y sentimiento. Economía y libertad». ⁹ Son fundamentos que la joven filósofa, a la sazón, reivindica a fin de encontrar una solución a tantas crisis, y no solo económicas, en la

6. Zambrano, M., *Horizonte del liberalismo*, op. cit., pág. 30.

7. *Ibidem*, pág. 32.

8. *Ibidem*, pág. 21.

9. *Ibidem*, pág. 137.

10. *Idem, Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Endymion, 1987, pág. 15.

11. *Idem, Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1987, pág. 110.

12. *Idem, Pensamiento y poesía en la vida española, op. cit.*, pág. 16.

13. *Idem, Horizonte del liberalismo, op. cit.*, pág. 113.

14. *Idem, Persona y democracia*, Barcelona, Anthropos, 1988, págs. 77-78.

encrucijada en la que se hallaban Europa y España, si bien cuestiona también los modelos económicos imperantes que reducen al individuo a masa o a menesterosos proletarios.

De tanto desastre social, buena parte de la responsabilidad corresponde al «idealismo racionalista triunfante» y generador en gran medida de la cultura occidental,¹⁰ que se había ido «enseñoreando de Occidente, a través de diferentes etapas. Y el resultado de todo ha sido el racionalismo cada vez más absoluto, es decir, más desarraigado».¹¹ Sobre la crítica al racionalismo, muy presente en toda la obra de Zambrano, se han escrito numerosos y valiosos ensayos, por lo que aquí, pues, no se insiste; los efectos de esta crítica llevan a la filósofa a proclamar que «hoy este mundo se desploma».¹² La pregunta que en la actualidad puede plantearse es si permanecen los mismos sustratos racionalistas y los argumentos de un andamiaje que lleva a graves catástrofes —totalitarismos, segregación, explotación, nacionalismos, fundamentalismos, etc.—, aupados con discursos «monótonos» de la razón. Son modelos de desprecio al presente e imposibles en el tiempo. Modelos nuevamente desatentos con la vida y con el ser humano, con el tiempo que se respira, el presente continuo, con el espacio en que se mora, un pequeño planeta llamado Tierra que tontamente gira y gira mientras lo habitan liliputienses. Habitantes que de continuo deben atender el mandato nietzscheano: «¡Hermanos, yo os conjuro: sed fieles a la tierra!».

Los diversos modelos sociopolíticos, generalmente terminados en «-ismo», serán caducos y conservadores si solo atienden «lo que está presente»,¹³ con frecuencia la economía. Zambrano no retira la cara sobre la relevancia de la economía y solicita que la cuestión económica no «quede sin abordar en una sociedad que pretenda ser adecuada a la condición humana. Que la cuestión económica no sea una especie de pesadilla que pese sobre la vida de millones de seres humanos es cuestión esencial, irrenunciable. Entre otras razones, porque no se puede vivir como persona si se tiene la conciencia de “pesar” sobre otras personas a quienes les está negado hasta el mínimo de satisfacciones a sus necesidades vitales. Pues el hombre vive espontáneamente enajenado en su historia no enteramente humanizada todavía; y, por tanto, la relación económica no es causa, sino efecto, uno de los efectos en que se muestra esta enajenación previa, anterior a toda manifestación concreta».¹⁴ Esto escribirá la filósofa años más tarde en la obra *Persona y democracia*, retomando el tema ya abordado en *Horizonte del liberalismo*.

María Zambrano, tras sus críticas a modelos imperantes, encuentra la solución política en la propia antropología, además de en la experiencia y la recepción de la tradición filosófica. La vida es el máximo valor. Al decir del coro de *Antígona* de Sófocles: «Entre todas las cosas que he visto en el mundo, ninguna más maravillosa que el hombre». Para Zambrano, la vida «está por encima de la razón, por la que es inabarcable y a la que mueve, su instrumento» y

«será revolucionaria aquella política que no sea dogmática de la razón [...] y creará más en la vida [...] que cuestiona el tiempo».¹⁵

La política no es un depósito de poder, es protesta ante lo que es y ansía de lo que debe ser; ya que es un modo de vida, que sea democrática, confirmará años después.

Estas y otras reflexiones llevan a María Zambrano a dar el salto a la acción. Asiste emocionada a la proclamación de la Segunda República y previamente ingresa en Acción Republicana, el partido de Manuel Azaña; bajo sus siglas, participa en las singulares elecciones municipales de 1931. Escasa fue su militancia en este partido e intensa su apuesta por el nuevo orden. Un orden que supo «levantar la losa que asfixiaba al cuerpo español», escribía Zambrano en el diario *Segovia Republicana* bajo el título de «Castilla a solas consigo misma».¹⁶ Según Ana Isabel Salguero, este texto recoge planteamientos de Ortega y Gasset, muy crítico con el auge de los nacionalismos vasco, catalán, gallego y con la disgregación de las clases sociales. María Zambrano, en sintonía con la tesis orteguiana, «cree que “la unidad es algo que se crea por obra de un alto ideal a realizar” y no por la concurrencia de otros factores: geográficos, lingüísticos, religiosos, etc. La abulia histórica en que cayó Castilla la hizo olvidar que una nación es un plebiscito diario». La autora alude sin citar al planteamiento de Renán, si bien en la tesis recoge frases de Ortega y Gasset referidas a la amenaza de los nacionalismos periféricos y de la propia Zambrano en el citado diario segoviano:

Mas han cambiado los tiempos: ya no hay países que descubrir, ni reformas que ahogar. Y más que regiones y provincias, hay hombres y problemas. [...] No son las regiones, son las clases sociales las que hondamente están en disgregación [...], es la economía, el régimen capitalista que mundialmente está en crisis. ¿Castilla? ¿Cataluña? No está ahí la médula del hoy. Son esos hombres hambrientos y desesperanzados, es el destino de España —de España íntegra— que intenta por segunda vez cuajar se en la historia.¹⁷

Esta disgregación hispana es señalada por Ortega y Gasset como grave problema, mientras que la joven generación la asume como amenaza. Contra ella, «los nuevos arquitectos» reflexionan y bregan.

En 1932 se crea un partido de escaso recorrido, el Frente Español (FE), en cuyo nacimiento y disolución Zambrano, entre otros intelectuales, participa. Fue un partido que intentó salvar las diferencias entre extremos y en el que pronto intentaron ingresar «los pistoleros» —en calificativo de María— de José Antonio Primo de Rivera, quien recogiendo ciertas tesis orteguianas funda la Falange Española (FE) en coincidencia de siglas con el partido anteriormente citado, pero de planteamientos alejados. Esta coincidencia de siglas obraría para crear confusión y juicios equívocos que, a la larga, causarían inconvenientes nada justificados a la filósofa.

15. *Idem*, *Horizonte del liberalismo*, op. cit., págs. 73-74.

16. Véase Salguero Robles, A.I., *El pensamiento político y social de María Zambrano* (tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid en 1994), citando el artículo de María Zambrano publicado en *Segovia Republicana* el 29 de julio de 1931.

17. *Idem*, *El pensamiento político y social de María Zambrano*, op. cit., pág. 170.

18. Zambrano, M., «Fascismo y antifascismo en la universidad» en *El Sol*, Madrid, 8 de febrero de 1934, pág. 9.

Tras el fracaso del Frente Español, Zambrano mantiene su compromiso mediante colaboraciones en revistas culturales y con tendencia a la reflexión política, sea en *Cruz y Raya* o en la *Revista de Occidente* y, posteriormente, en *El Mono Azul*, así como mediante una intensa actividad docente, comprometida también con las Misiones Pedagógicas junto a numerosos y señeros creadores intelectuales. Era un compromiso con el pueblo. El pueblo de Machado: «Si algún día tuvierais que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poneros del lado del pueblo, que es al lado de España», una proclama que el poeta lanza entre el tumulto y las disensiones intelectuales. Proclama que Zambrano recoge alejada de las posiciones elitistas de Ortega y otros. Bajo el término «masa», Ortega y Gasset aglutina al gran colectivo prefigurado, insensible e irresponsable, vegetativo y sumiso, ignorando que el silencio de las muchedumbres es sonoro y ha de escucharse. María Zambrano, Rafael Dieste, Luis Cernuda, Fernando de los Ríos, etc., entienden la necesaria comunicación que debe habilitarse entre el pueblo y el intelectual, la importancia de atender voces y experiencia, de potenciar las capacidades que habitan en todo ser humano para decir su propia palabra, y, alejándose de posicionamientos de minorías elitistas, se comprometen decididamente en la acción de las Misiones Pedagógicas por las tierras más olvidadas de España.

A los conflictos de 1934 en Asturias y León siguió una fuerte represión, preámbulo de lo que sucederá en 1936, un ejercicio combinado de fuerzas civiles y militares reaccionarias y tendentes a frustrar la joven República. Numerosos intelectuales hispanos, entre ellos María Zambrano, ante el avance de las ideas fascistas en Europa y en España más el aumento del número de intelectuales y sobre todo de líderes políticos a favor de estos postulados, manifiestan su tensión y crean la Alianza de Intelectuales Antifascistas en abril de 1936 tras un primer congreso homónimo celebrado en París un año antes. La filósofa andaluza muestra en *Los intelectuales en el drama de España* y en otros escritos publicados en el diario *El Sol*¹⁸ su preocupación por el peligro de las nuevas ideas ultras, y en el citado diario afirma que el fascismo es un modelo exógeno que, por lo tanto, no triunfará en España. Este anhelo suyo no se cumplió y, en julio de 1936, se ataca a la joven República, a la que no se le permitió llegar a la madurez, no alcanzó ni la edad de la adolescencia.

Desde el inicio de la contienda fratricida Zambrano toma partido por «la España leal», actúa y milita, participa con empeño ante la exigencia de las trágicas circunstancias; posteriormente, en septiembre de 1936, acompaña a su marido, Alfonso Rodríguez Aldave, a un destino en la embajada de España en Chile. Allí, al igual que en otros países iberoamericanos con abundante población emigrante hispana, se vive la división fratricida de la Península, y los grupos de opinión y propaganda se postulan partidariamente. La distancia le impidió continuar la tarea de compromiso con la República, así como el envío de reflexiones a diversas publicaciones centradas en el

compromiso del intelectual en tales circunstancias. La lejanía, la pérdida de espacio geográfico en manos de los golpistas y la aventurada derrota de «la España leal» inciden en el regreso del matrimonio en 1937 y el abandono del cómodo destino. Zambrano acepta a su regreso el cargo de consejera de la Infancia Evacuada, actividad que compagina con sus escritos, a sabiendas de que «la suerte del pueblo y la suerte del pensamiento eran una y la misma en España».¹⁹

Durante este breve espacio de tiempo y en el contexto del dramatismo bélico, la filósofa reflexiona sobre España «como problema», sobre los porqués del drama guerracivilista y acerca de las posiciones ideológicas o de los compromisos. Esta lectura intensa de la realidad nacional la vincula a la europea, en torno a la que atisba la llegada de los jinetes del Apocalipsis, que continúan su andadura. La filósofa cuestiona cierta tradición filosófica, la devenida del racionalismo idealista, así como todo planteamiento teórico y práctico que frene y cercene la vida. Zambrano, cual lectora atenta, vislumbra los riesgos del drama hispano y europeo, y avienta las perversidades del nuevo modelo, al que describe ajeno a la esencia de la cultura occidental.

Con este bagaje experiencial, de reflexión y sufrimiento, inicia en 1939 un largo exilio hasta 1984 por los continentes europeo y americano. La derrota de la España republicana, el drama de la Segunda Guerra Mundial y el exilio propio fortalecen la reflexión, que lentamente se manifiesta en varias monografías de corte político —*Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940) y *La agonía de Europa* (1945)—; una reflexión que culmina con *Persona y democracia* (1958) y los numerosos artículos editados en prensa diaria o en revistas.

En el exterior, Zambrano, que se siente íntimamente vinculada a «la España peregrina», no abandona la actividad política. Sea en México, Cuba o Puerto Rico, continúa en contacto con el exilio, un contacto a veces frustrado y en el que sufre penurias materiales. Mantiene una actitud de participación a cuantos actos es invitada, actos tendentes a la reflexión crítica sobre las causas del deterioro europeo y acerca del abandono de la joven República hispana por parte de las potencias. Estos efectos devienen del olvido, según la filósofa, de los fundamentos y pilares constitutivos de la vieja Europa basados en el sentido sobre la libertad, sustentados en la tradición filosófica y en la cristiana. En este orden no acepta la pasividad como renuncia a tales fundamentos. Exige la fortaleza frente a las circunstancias, propia de quien proclama que «vivir es resistir», además de «anhelar», como defendía su maestro Ortega y Gasset. «No podemos, no, conformarnos con la existencia de unos principios desasidos y flotantes; por el contrario tenemos que estar dispuestos a darlo “todo” para que actúen siquiera sea en parte. [...] La única actitud realmente posible es la de volverse hacia nuestro interior, ahondar incansablemente en él hasta dar con ese tesoro que el hombre español supo hallar en su hora decisiva a pesar de todos los errores».²⁰ La pensadora andaluza, pues, participa en todo acto o declara-

19. *Idem*, «Hora de España» en *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, n.os 70-71, Barcelona, 1987, pág. 130.

20. *Idem*, *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, Madrid, Vaso Roto, 2017, pág. 56.

21. *Idem, Persona y democracia, op. cit.,* pág. 80.

ción a favor de la restauración de la República y de la caída de la Dictadura y, además, reclama este compromiso a fin de que «si lo que se alza ante nuestra frente es una aurora, hay que recogerla», y si fuera «un descenso a la grisura» debe avivarse la luz, «alimentar la luz», «parpadeante luz del corazón», que haga posible cruzar «todo desierto».

Esta oscura situación es la que reina en la década de los cuarenta, pero ha de sostenerse la brega. Zambrano no acepta la resignación y entiende que la lucha, lejos del puro activismo, ha de fundamentarse de modo praxiológico, mediante la reflexión y la acción, buscando las raíces y los motivos que la sostienen. La reflexión conduce a la filósofa a la búsqueda del pasado. El pasado ha de conocerse y hay que tenerlo en cuenta para no avanzar a ciegas (san Agustín). El ser humano es memoria, río que fluye, una fuerza necesaria para alejarse de los espacios de Epimeteo y de la musa Eco, de los dominios de Pandora, y salir al encuentro con Mnemósine, con la necesaria conciencia histórica. Los mensajes del pasado, bien tamizados por la musa Eco, llegan repetidos como exclusivos desmanes hispanos y en tangencialidad con Europa. Una visión pesimista, desproporcionada y desacreditativa del pueblo español, tendente a la asunción de un futuro con «grisura inevitable». El prejuicio y la desconfianza fortalecen la dinámica de la inevitabilidad, del abandono a todo contacto, a la exclusión, a la segregación y a la separación del otro. Este comportamiento es un modo anómalo, irreal y desconocedor del alma del pueblo y, por ende, de la naturaleza humana. España no es una realidad embrutecida, no ha renunciado a su espacio, ni a su tiempo, ni a la participación en Europa, de cuya cultura se nutre y, a la vez, alienta. De este modo, lo sucedido en España con reiteradas interrupciones son detentes que frenan un sueño —el último y dramático fue una guerra civil, o más bien una enfermedad, como la calificaría Antoine de Saint-Exupéry—, que impidieron el crecimiento del modelo deseado por el pueblo: una república a la que se imposibilitó alcanzar la madurez democrática. «Vivimos una época de sangre —escribía dolorosamente el poeta y amigo de Zambrano Miguel Hernández—, por el territorio de España corren en estos días más ríos de sangre que de agua y hay más sementeras de muertos que de trigo».

España, pues, es una realidad histórica innegable y sufriente de reiteradas decadencias, conformada por hombres que, al decir de Ortega y Gasset, no tienen naturaleza; poseen historia, que es lo que no tiene ninguna otra criatura, y en ello estriba su miseria y su esplendor. Así pues, el hombre, animal histórico, tiene esencialmente una naturaleza histórica. Con ecos de Spencer y de Dilthey o de Unamuno, Zambrano recomienda viajar al interior de la historia, a la intrahistoria; a ella ha de acudir para comprender, conocer y avanzar, para «humanizar la historia».²¹ Y afirma que no se puede renunciar a esta tarea, tras la aceptación de errores y rupturas, mas sin caer en el endiosamiento, que es un modo de enajenación;

endiosarse es un modo de enredarse el hombre «con su propia sombra, con su propio sueño, con su imagen [...]. Una imagen de nosotros mismos que excede a los límites de la condición humana y de la nuestra en particular».²² ¡Grave error!

«Tradición». «Memoria». «Historia». «Experiencia». «Reflexión». «Acción». «Compromiso». «Horizonte». «Ruina». «Máscara». «Razón». «Vida». «Aurora». «Sueños». «Tiempo»... Y otros términos más se cruzan en los textos de María Zambrano, también los de «persona» y «democracia». Estas voces son indicativas de la pulsión reflexiva-activa de la filósofa y se manifiestan labradas en la experiencia, interna y externa, elegida por forzada. Un pensamiento experiencial que, en el orden político, la lleva a conclusiones tras fortalecer las creencias propias autogestionadas como participante de una cultura o sistema de ideas y doctrinas que, juntas, dibujan la figura de lo que se quiere ser: «Ahora ya lo podemos decir: toda cultura es el conjunto de una Religión, unos saberes y una técnica».²³ Esta definición es formalista y de modo sincrético próxima a la de E. Taylor, de manera que en otros textos, y más allá de la formalidad de la definición dada, Zambrano incorpora la presencia de la incertidumbre, de la esperanza, toda vez que el ser humano no lo recibe todo finalizado y resuelto. Es ser *in fieri*, ha de realizarse.²⁴ El ser humano, a diferencia de los brutos y de los dioses, que por genética —en el caso de los brutos— o por el carácter exclusivo de su omnipotencia —en el de los dioses— todo lo hallan resuelto, ha de irse haciendo, necesita regenerarse, ha de crear cultura —desarrollar «memes», de acuerdo con la definición de Richard Dawkins—, pues «toda cultura viene a ser consecuencia de la necesidad que tenemos de nacer nuevamente. Y así la esperanza es el fondo último de la vida humana [...]. Y por eso el ser humano no descansa; [...] no ha podido lograr el nacimiento definitivo [...]. Todas las culturas realizadas, y aun las utopías, son ensayos de ser. Y las que han alcanzado mayor vigencia son las que se han ceñido más estrictamente a la estructura de la vida humana, siempre en esperanza de renacimiento».²⁵ Este texto, fijado en *La agonía de Europa*, es de gran calado antropológico y va más allá de las definiciones culturalistas; en él se vislumbran los grandes principios básicos de la antropología. El primero: la cultura es obra del ser humano, que, al no ser bruto ni Dios, ha de ir creando, mas no *ex nihilo*, y siempre como heredero del barro cultural secularmente acumulado y a fin de dar cobertura a sus necesidades, pues como «heterodoxo cósmico» o «rey mendigo de la creación» nace menesteroso; aunque con su llegada a este mundo queda ligado puntualmente a los mandatos genéticos que resuelven la mayor parte de las circunstancias, se ve obligado a crear contenidos culturales que den sentido a su deambular por la tierra y a sus constantes necesidades. De este modo, en segundo lugar, a la vez que en la biografía del género humano, esto es, en la historia, el hombre ha de irse desvelando, en la biografía personal la tarea es la de construirse, un constante hacerse, pues es ser *in via*. La cultura es un modo de estar

22. *Ibidem*, pág. 70.

23. *Idem*, *El hombre y lo divino*, México, FCE, 1986, págs. 13-14.

24. *Idem*, *Persona y democracia*, *op. cit.*, pág. 29.

25. *Idem*, *La agonía de Europa*, Madrid, Mondadori, 1986, págs. 12 y 45-46.

26. *Idem, Persona y democracia, op. cit.*, pág. 103.

27. *Ibidem*, pág. 125.

28. *Ibidem*, págs. 17-18.

29. *Ibidem*, pág. 131.

30. *Ibidem*, pág. 68.

en el mundo, dirá la filósofa en varios textos. Desde entornos del personalismo de Emmanuel Mounier, Zambrano concibe al ser humano como inconstante nacer y renacer para lograr ser persona, pues «la persona es algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo, como última finalidad terrestre y en este sentido era así desde el principio; mas como futuro a descubrir, no como realidad presente, en forma explícita».²⁶

En todo ser humano cabe el destino y la necesidad de ser persona, mas no todos lo logran y quienes lo intentan han de mantenerse inacabados, en permanente construcción, en agónica esperanza, en continuo esfuerzo. Tras este empeño, y bajo la estela de la esperanza, surge la libertad,²⁷ que ha de vincularse a la temporalidad y a la proximidad con otro, a la alteridad; mas el tiempo y la alteridad no tienen por qué coincidir con el espacio:

Cada hombre habita una zona del tiempo en el que convive propiamente con los demás que en él viven. Convivimos en el tiempo, dentro de él. Y así sucede, que convivimos más estrechamente con quienes más alejados de nosotros viven en el espacio y viven en el mismo tiempo, que con otros más próximos que viven en realidad en otro tiempo; con ellos podemos entendernos, y aun sin entrar en relación directa, actuar de acuerdo, coincidir en ciertos pensamientos.²⁸

El tiempo se manifiesta de modo plural, si bien es el lugar de la esperanza, de la libertad; y el tiempo para alcanzar el ser persona es el futuro.²⁹ Somos habitantes de la historia, pero no de la historia acumulativa o de la sucesión encadenada de hechos, sino de la historia cargada de relato y de drama, de éxitos y de caídas.³⁰ Pertenecemos a una historia compartida de personas con voluntad de ser pueblo, pueblo libre que se atiene y comparte una historia y una cultura, que, si bien no puede ser en su totalidad, sí, en su mayor parte, dispone de «una conciencia ensanchada».

La negación del calidoscopio que supone la historia y la pluralidad en que se muestra la persona en su perenne renacer, o la negación de diversas propuestas políticas, sobre todo las totalitarias del siglo xx o las distintas propuestas integristas de vigente presencia, es un modo de masificar, por ocultación o por ceguera irresponsable, un modo de mineralizar la historia, en expresión orteguiana, un modo de fosilización. Las formas totalitarias son infernales, arrebatan el tiempo y el espacio; un espacio que permite el crecimiento de ídolos, idolatrar al líder, al sistema, a una historia tergiversada y falsaria, la mitificación de supuestos e inexistentes «valores exclusivos» y, en definitiva, la destrucción racionalizada, entronización de Saturno devorando sus hijos en el Campo de Marte; un espacio imposible para que el ser humano sea posible como persona.

Tras la censura que hace Zambrano a las modalidades negacionistas de la persona, en un análisis vigoroso de crítica a ciertos momentos históricos, a propuestas políticas y a ofertas filosóficas, la pensadora alza su conclusión: el hábitat más natural para albergar a la persona es la democracia, y «si se hubiera de definir la democracia podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona».³¹ La democracia es el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo; «es la conciencia que tiene el Estado para detenerse frente a la integridad de la persona humana, el límite de los principios abstractos frente a la concreción real de la vida».³² Por consiguiente, Zambrano entiende este término como propuesta de vida y como modalidad política; si bien la filósofa incide más en su consideración de la democracia como logro no definitivo ni estático, pues es, al igual que la persona, un constante quehacer, perenne tarea de renovación, dado que «es el régimen de la unidad de la multiplicidad, del reconocimiento, por tanto, de todas las diversidades, de todas las diferencias de situación».³³ La democracia, insertada en la historia, se detiene en el presente para lograr el futuro. La historia ha de conocerse, porque se ha de insertar «el conocimiento en el proceso que es la vida de cada uno; la vida personal y la vida histórica. En ello va la libertad. Se trata, pues, de ejercitar el conocimiento histórico para dar lugar al ejercicio de la libertad. Ambos se condicionan, no son posibles el uno sin el otro». Y el tránsito, agrega Zambrano, consiste en pasar «de una historia trágica a una historia ética».³⁴

Un círculo cerrado, en vez de una elipse abierta y acogedora, son las figuras geométricas simbólicamente elegidas por la filósofa para situarse frente a los modelos sociopolíticos que amurallan el espacio y cierran el tiempo,³⁵ que jerarquizan e imponen.³⁶ El círculo es propio de «la razón arquitectónica» y simboliza el absolutismo: «El absolutismo es una imagen de la creación, pero invertida. Al crear hace la nada; anula el pasado y oculta el porvenir. Un verdadero nudo que se quiere hacer en el tiempo. Por ello, un infierno».³⁷ «El absolutismo es nuestro gran pecado, porque en él, con él, negamos lo mismo que queremos: el que la persona humana se realice íntegramente».³⁸ En la elipse predomina «la razón musical», sinfónica y polifónica, símbolo de la sociedad democrática³⁹ frente a la masa, que es una degradación del pueblo en la que se activa la demagogia y las excreciones del exceso de ideología, la manipulación y «el peor de los delitos: especular con el hambre y con la esperanza de un pueblo. La peor acción y la más peligrosa, pues el hambre y la esperanza son los motores más activos de la vida humana. [...] Mas existe otra acción, que es delito, peor aún, que es agredir a un pueblo en el trance en que su esperanza se despierta y su hambre comienza a ser aplacada».⁴⁰

Al inicio de este texto señalé la necesidad de llevar al lector de Zambrano al contexto actual, sea al menos en parte. El vigor y la fortaleza de un pensamiento lo define su vigencia, el mensaje y las

31. *Ibidem*, pág. 133.

32. *Idem*, *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, Madrid, 2017, Vaso Roto, pág. 42.

33. *Ibidem*, pág. 62.

34. *Ibidem*, pág. 61.

35. *Ibidem*, pág. 91.

36. Abellán, J.L., *El exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001. Se recoge un texto inédito de María Zambrano: «Pensando la democracia», pág. 167 y ss.

37. Zambrano, M., *Persona y democracia*, *op. cit.*, pág. 91.

38. *Ibidem*, pág. 68.

39. *Ibidem*, pág. 163.

40. *Ibidem*, pág. 142.

41. J.F. Ortega Muñoz, el profesor y estudioso de la obra de Zambrano, en varios de sus ensayos se refiere y analiza esta generación. Véanse a este respecto: *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, México, FCE, 1994; y su introducción a *La humanización de la sociedad*, antología de textos de M. Zambrano, Sevilla, UGT-Andalucía, 2001.

referencias que de él se puedan extraer. Si decimos que María Zambrano ya es una clásica, es debido a que aún los tiempos en su obrar filosófico: en primer lugar, se ocupó y recogió la tradición filosófica de la cultura occidental y de la española en particular, en las que participó; en segundo lugar, se manifestó, y así se reconoce, como lectora atenta del momento que le «tocó en suerte», la denominada «generación del toro»⁴¹ —la que fue destinada al sacrificio y que otros estudiosos llamaron «generación del 36»—, un momento dramático en el que, como se ha expresado, la filósofa se implicó hasta donde le fue posible asumiendo responsabilidades y consecuencias; y, finalmente, ha legado una obra con intenso mensaje elucidador de la realidad y con una fuerte proyección —«efectos» que autorizan a calificar como «clásica» a la autora—. Los «efectos» pasado, presente y futuro, pues, se hallan en vida y obra calificando, según Laín Entralgo, allí donde se albergan, bajo la denominación de «clásica», en este caso, a su mentora. María Zambrano es una clásica del pensamiento español, europeo y universal. Ha de leerse obteniendo de su obra contenidos que ayuden, también, a comprender el presente, sin limitarnos a una mera hermenéutica historicista, actividades que, según Mario Bunge, son dos de las varias perversiones de las que actualmente dispone la filosofía si de ellas se abusa. Sin ser exhaustivos en las conclusiones que vayamos a extraer, en primer lugar, sí ha de decirse que fue una intelectual que compaginó reflexión y acción, que se «manchó» las manos en la realidad. Se implicó hasta donde sus fuerzas físicas e intelectuales se lo permitieron, tanto en sus años de estancia en España como durante el largo exilio. Aceptó el compromiso en dramáticas circunstancias y lejos de cómodos salones de disertación fácil. Alcanzó la calle. Fue una intelectual comprometida. Su participación en partidos políticos, sindicatos de estudiantes, lucha contra los dictadores, participación en consejos editoriales, su desacuerdo manifiesto con las arbitrariedades universitarias, etc., se reflejan en sus escritos en prensa periódica, en monografías y conferencias. La obra escrita da buena cuenta de su implicación, así como el alejamiento de la comodidad que proporciona la equidistancia; por ello, no fue tangencial, ni siquiera durante el exilio, periodo en el que predominó el quehacer intelectual.

Desde la experiencia y la reflexión elabora una teoría tendente a rehabilitar los valores universales de la cultura occidental, para que su legado permanezca universal; para que, a pesar de las diversas crisis, de sus éxitos y fracasos, se mantenga el valor de la alteridad. La filósofa se adentra en lo que es radical en el hombre, para obtener consecuencias y propuestas que permitan superar la reiterada historia trágica, ya que el ser humano es una tarea inconclusa, y sangrienta, también experimentada, y así hacer de esta una historia ética: el lugar de la persona, entendiendo por persona el paso superior del ser humano como individuo, un logro de libertad en el tiempo, con conciencia histórica. La autora, pues, crea y propone una antropología radical, que nace y avanza desde las raíces. El

profesor Alain Guy ha calificado esta antropología de existencial y el profesor Juan Fernando Ortega como humanismo trascendental. Desde esta confianza, y sin caer en un volitismo optimista ni en un pesimismo existencial, Zambrano cuestiona modelos sociopolíticos imperantes y monólogos racionalistas, para proponer explorar la condición humana en su historia, pero en un continuo entrenarse, para sugerir un modelo en el que toda persona, o pueblo como suma de estas, encuentre el hábitat apropiado: la democracia. Se itera, entiende por democracia el lugar donde no solo es permitido, sino obligado, ser persona. Un modelo con numerosos enemigos perfectamente identificables a lo largo de la historia. Sin ocultación de hechos. La filósofa señala perversiones y peligros, pero a la vez marca que la historia es el resultado del desvelamiento del ser humano, con las numerosas riquezas que comparte con los congéneres.

42. Zambrano, M., *Persona y democracia*, op. cit., pág. 51.

Ante los peligros, Zambrano solicita atención. Muchos de los males sufridos por la humanidad durante el siglo xx perviven en el xxi: fundamentalismo, totalitarismo, demagogia, choques culturales, populismo, supremacismo, nacionalismo, aumento de la pobreza, paro y emigración, guerras, desastres ecológicos o desentendimiento de las cosas, el pensamiento único, la «cultura» del éxito, la sustitución de la igualdad por la uniformidad, partidocracias, corrupción, abundancia de legistas y desorden legal, etc. Seguimos enmarañados en la realidad, pesando y pisando tozudamente sobre los otros y sobre las cosas, como refiere en numerosos textos la filósofa. En medio de esta zozobra los privilegiados de la economía renuevan las crisis entre el despilfarro, desoyen la voz de los menesterosos y auguran graves presagios con los que crece el miedo, crece la enajenación. El miedo conduce a la pérdida de la libertad. Filáucicos y crisolhedonistas se encierran en su hedonismo y modo narcisista, se ensimisman. La ausencia de minorías aristocráticas —entiéndase: de los mejores— se repite en los sectores intelectuales, donde con frecuencia solo se atiende al medro académico. En el periodo prebélico y en el guerracivilista, Zambrano se preguntaba por los *maiores*, por los que adoptaban posiciones tangenciales; hoy cabe hacerse la misma pregunta. De igual modo en el caso de los políticos, donde el argumentario demagógico provoca desconfianza y rechazo por parte de los electores. Avanzan los viejos modelos causantes de graves males, «oscuros dioses», y mientras «en nuestra civilización todavía no poseemos un itinerario íntegro, verdadero, de la persona humana, una especie de Ética en marcha, que sea itinerario del ser persona por medio de la historia, otro aspecto del dintel ante el que estamos colocados».⁴² Ortega y Gasset, en un periodo de voces intelectuales audibles, y otras tímidas, se quejaba del descompensado peso de estas frente al eco de los profesionales de los medios periodísticos. Actualmente, en un momento de mayor número de universidades e instituciones culturales y educativas cualificadas, las voces y luminarias son frecuentemente inaudibles o borrosas frente al ruido de las espurias broncas tertulianas y de la presencia de demagogos ocupantes de los espacios de información. Una grave situación, cuando los problemas

43. *Ibidem*, pág. 8.
 44. *Ibidem*, págs. 78 y 142.
 45. *Ibidem*, pág. 157.
 46. *Ibidem*, pág. 61.
 47. *Ibidem*, pág. 91.

abundan. La tarea de los líderes es la de encauzar, no manipular, la de lograr claridad en la oscuridad, ser faros guía. Frente a esta realidad, conviene recordar la frase de Zambrano: «No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad». ⁴³ Orfandad de propuestas, las esperadas de las élites sociales, políticas e intelectuales. Las élites políticas y otras, por ejemplo las religiosas, con frecuencia olvidan la ejemplaridad. Se envuelven en la demagogia y las secreciones verborreicas para contribuir a la enajenación, a la especulación con el hambre y con la esperanza del pueblo ⁴⁴, conduciéndolo a la degradación, a ser masa, a ser proletario —«aquel que no ha mandado nunca»—, ⁴⁵ al ocupar un espacio en el que se halla desarraigado, sin trabajo, donde pasa a ser pieza fácil de otro de los graves «-ismos» del presente: el nacionalismo. El resultado es la formación de una *urbs* amurallada, de la *urbs obsidium*, cerrada, frente a la *urbs oppidum*, abierta, universal y cosmopolita. En consecuencia, mientras en la última ciudad moran *cives aperti*, en la primera lo harán *cives clausi*. Los habitantes de la ciudad cerrada, cual pésima bailarina, al ejecutar su danza no miran al frente, sino a sus apéndices abdominales, y frecuentemente, como señalan los griegos en un símil recogido por la filósofa, pierden el paso; lo grave no es perder el paso de la danza, lo grave es que se pierda el paso de la historia, el del devenir de un colectivo que no logre la tarea propuesta a cada individuo, la de ser persona, ni la encomendada a la masa, la de lograr ser pueblo, o la confiada a la república, ser democracia. La gravedad aumenta para los *cives clausi* de la *urbs obsidium*, cerrada y campamental, que no sabrán convivir en la multiplicidad de tiempos y voces, vivirán en una historia trágica y lejana de la ética. Nada está definitivamente escrito, luego se ha de convivir sin dejarnos devorar por la existencia ni por un momento histórico de éxito, si puede dificultar el paso hacia el futuro de «el ser persona». En la *urbs oppidum*, al menos, el logro de la historia ética, el de alcanzar «el régimen de la unidad de la multiplicidad, del reconocimiento de todas las diversidades, de todas las diferencias de situación», ⁴⁶ es factible. El nacionalismo, un modelo de ciudad amurallada, falsea el pasado, se apodera del presente y anula el futuro.

Albert Camus en *Le malentendu* señala el error de no reconocer al otro, de la falta de empatía y de compasión fraternales, así como de sus consecuencias: el asesinato del hijo y hermano trajo la desgracia, la *harmatia*. Las naciones excluyentes, aquellas que reciben al vecino como *hostis* y no como *hostes*, como enemigo no como extranjero que se acerca, los pueblos que carecen de *anagóresis* llevan consigo su trágico destino y las consecuencias devenidas de una historia trágica, la que nace del ensimismamiento, del endiosamiento e idolatría de lo propio, del narcisismo sociopolítico; situación agravada por la recepción tergiversada de la historia, por la asunción y acogida de los mensajes de Epimeteo, bien aliado con Pandora, que, a su vez, se encargará de propalar la musa Eco en formatos negacionistas y altaneros, una «acción de cerrar el tiempo; de darlo todo por concluso». ⁴⁷

Ante esta situación, ya la joven Zambrano exigía compromiso y denunciaba las posturas tangenciales, el *noli me tangere* de numerosos intelectuales, incluido su maestro Ortega y Gasset. Esta joven, el 6 de diciembre de 1928 en el diario *El Liberal*, reclamaba compromiso: «La nueva generación, aséptica de nacionalismo, quiere hundir el bisturí en la vida española hasta tropezar con el nervio y crear, entroncado en él, una nueva musculatura activa»; y años después se preguntaba:

¿Seguirá siendo utópico pensar que algún día la sociedad tendrá una conformación, una estructura análoga a la de la persona humana? Que se logrará, por fin, un régimen que se comporte como una persona en su integridad. Requisito indispensable de ello es el que aparezca la imagen de la persona humana, de que se tenga conciencia de ella, pues se trata de una realidad tal que necesita ser pensada y querida, sostenida por la voluntad para lograrse. Para ser persona hay que querer serlo, si no se es solamente en potencia, en posibilidad. Y al querer serlo se descubre que es necesario un continuo ejercicio, un entrenamiento.⁴⁸

En todo caso, «tanto en la vida personal como en la histórica, nada puede lograrse si hunde el pasado. Y las victorias, triunfos históricos que traen consigo el hundimiento de un pasado, no pueden durar [...]. La luz viene también del pasado; de la misma noche de los tiempos».⁴⁹ No se puede ignorar el pasado, pero «en realidad, el tiempo fundamental del hombre, aquel del que parte y lo hace explicable, es el futuro. El ir hacia el futuro convertido en voto ha sido lo característico del hombre occidental. Lanzarse en forma decidida e irremediable hacia ese futuro ha constituido su vocación. [...] La historia no es un simple pasar de acontecimientos; tiene su argumento, es drama. De ahí que su trascurrir no se produzca en la simple continuidad [...]. Y el conflicto amenazador entre todos hoy es el que proviene de una sociedad no suficientemente humanizada todavía».⁵⁰ El destino del hombre es generar un mundo de convivencia donde quepan las diferencias. Europa y España no pueden estar en un permanente desnacerse, crucificándose y viajando reiteradamente a los infiernos, abandonándose a la violencia, sin atender al necesario renacer de la persona. Europa y España son realidades, fruto de logros enraizados en alianzas, de herencias fraguadas en los *ethos* grecorromano y judeocristiano, entre éxitos y fracasos, entre dioses misericordiosos y cruzadas o servicios imperiales, entre la empatía y la adoración a dioses desentrañados y absolutizados. Convivir es compartir el pan y la esperanza. Europa descubre su vocación hacia la «esperanza volcada en la historia [...]. Europa, al descubrir la vida como esperanza, vivió la historia como tragedia, “condenada” a agonizar, a no poder morir; a renacer de sus sucesivas muertes, pues no se puede retroceder desde la esperanza comprometida. [...] No puede morir Europa porque tiene que proseguir el camino, que es agonía, que es calvario de la esperanza desatada. Y tendrá que seguir pariendo, pariéndose ahora a sí misma, en la historia».⁵¹

48. *Ibidem*, pág. 152.

49. *Idem*, «El alba humana en la historia» en *Humanidades. Revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes*, n.º 2, Mérida-Venezuela, abril-junio de 1959, págs. 182-183.

50. *Ibidem*, pág. 184.

51. *Idem*, *Delirio y destino*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1998, pág. 256.

52. *Idem*, *Persona y democracia*, *op. cit.*, pág. 67.

53. *Ibidem*, pág. 8.

Y este parto será desde la concordia, desde la tragedia sufrida, desde la ética lograda, desde el amor que preconizaba la joven Zambrano en su primera monografía, *Horizonte del liberalismo*, «amor por el hombre, por todo hombre y no por una clase social» o un grupo o un colectivo acogido a uno de los nuevos «-ismos» excluyentes, renaciendo a la democracia, como *ethos*, como forma de vida, pues en «la sociedad —se vuelve a iterar—, [...] no sólo es permitido, sino exigido, ser persona». Mientras esto no ocurra debemos seguir preguntando, al igual que María Zambrano y a sabiendas de que «toda pregunta indica la pérdida de una intimidad o el extinguirse de una adoración»,⁵² ya que «oscuros dioses han tomado el lugar de la luminosa claridad, aquella que se presenta ofreciendo a la historia, al mundo, como el cumplimiento, el término de la historia sacrificial». ⁵³ Al menos sea el primer paso, para cumplir el mandato enviado por Miguel de Cervantes en el *Coloquio de los perros*: más luz y menos sangre. Mensaje que recoge María Zambrano y fija al final de su *Carta sobre el exilio*:

«Toda la sangre de España por una sola gota de luz», escribió el poeta L. Felipe desde el fondo mismo de la tragedia. Lo que quiere decir que sólo cuando ese poco de luz permita que la humana historia se haga visible y circule, se reparta, sólo entonces no será necesario que vuelva a correr la sangre.